

Agatha Christie®

# MATAR ES FÁCIL

Uno de los **CASOS** de  
**AGATHA CHRISTIE**  
preferidos por los lectores



booket

# **Agatha Christie**

## Matar es fácil

Traducción: C. Peraire del Molino



# Capítulo 1

## Un viajero

¡Inglaterra! ¡Otra vez Inglaterra después de tantos años! ¿Cómo se la iba a encontrar?

Luke Fitzwilliam se hizo esa pregunta al descender por la pasarela del barco. La pregunta continuó en su mente durante toda la espera en el recinto de la aduana. De pronto pasó a un primer plano cuando por fin se sentó en el tren.

Inglaterra, de permiso, era otra cosa. Mucho dinero para despilfarrar (¡al menos al principio!); viejos amigos a los que llamar; reuniones con otros camaradas que, como él, estaban en casa; un ambiente despreocupado del tipo: «¡Bueno, no durará mucho! ¡Más vale que me divierta! Pronto habrá que regresar».

Pero ahora ya no se trataba de volver. Se habían acabado las noches de calor sofocante, la deslumbrante luz del sol y la belleza de la exuberante vegetación tropical, las veladas solitarias dedicadas a leer y releer los ejemplares atrasados del *Times*.

Así estaba, retirado con honores y con una pensión

y algunas pequeñas rentas propias, un caballero ocioso que había vuelto a Inglaterra. ¿Qué iba a hacer consigo mismo?

¡Inglaterra! Inglaterra en un día de junio, con el cielo gris y un viento helado y cortante. ¡No tenía nada de acogedora en un día como este! ¡Y la gente! ¡Cielo santo, la gente! Muchedumbres con la cara gris como el cielo; rostros ansiosos y preocupados. Y también estaban las casas, creciendo por todas partes, como setas. ¡Casuchas abominables! ¡Casuchas repugnantes! ¡Gallineros con pretensiones de grandeza por toda la campiña!

Haciendo un esfuerzo, Luke Fitzwilliam apartó la mirada del paisaje y se dispuso a echar un vistazo a los periódicos que acababa de comprar: el *Times*, el *Daily Clarion* y el *Punch*.

Empezó por el *Daily Clarion*, dedicado enteramente a las carreras de caballos: el derby de Epsom.

Luke pensó: «Es una lástima que no llegara ayer. No he estado en un derby desde los diecinueve años».

En el club había apostado por un caballo y quiso ver lo que el corresponsal del *Clarion* opinaba de su favorito. Comprobó que lo descartaba desdeñosamente con el comentario: «Y en cuanto a *Jujube II*, *Mark's Mile*, *Santony* y *Jerry Boy*, es difícil que lleguen a clasificarse en los primeros lugares. Un probable finalista es...».

Pero Luke no se fijó en el probable finalista. Su mirada recorría las apuestas. *Jujube II* aparecía con un modesto 40 a 1.

Miró el reloj. Las cuatro menos cuarto. «Bueno, ahora ya habrá terminado», se dijo. Y deseó haber apostado por *Clarigold*, que era el segundo favorito.

Luego abrió el *Times* para concentrarse en asuntos más serios, aunque no por mucho tiempo, porque un coronel de aspecto fiero que estaba sentado ante él, acalorado por lo que acababa de leer, quiso hacerle partícipe de su indignación. Pasó una buena media hora antes de que se cansara de repetir lo que pensaba de «esos malditos agitadores comunistas, señor».

Al final, el coronel se calló y se quedó dormido con la boca abierta. Poco después, el tren desaceleró y se detuvo. Luke miró por la ventanilla. Se hallaba en una gran estación con muchos andenes, pero al parecer desierta. Alcanzó a ver un letrero sobre el quiosco de revistas que decía: RESULTADOS DEL DERBY. Abrió la portezuela, saltó al andén y corrió hasta el puesto de periódicos. Momentos después, contemplaba con una amplia sonrisa las pocas líneas de la última edición:

#### RESULTADOS DEL DERBY

*Jujube II*

*Mazeppa*

*Clarigold*

Luke sonrió satisfecho. ¡Cien libras para malgastar! Bravo por el bueno de *Jujube II*, injustamente menospreciado por todos los entendidos. Con una sonrisa en los labios, se volvió para enfrentarse al vacío. Excitado

por la victoria de *Jujube II*, no había advertido que el tren salía de la estación.

—¿Dónde diablos se ha metido el tren? —preguntó a un mozo de rostro sombrío.

—¿Qué tren? No ha llegado ninguno desde las 3.14.

—Hace nada había aquí un convoy y yo me he apeado de él. Es el que enlaza con el barco.

—El expreso que enlaza con el barco va directo a Londres —replicó el mozo con austeridad.

—Pues ha parado —le aseguró Luke—. He bajado de ese tren.

—No para hasta Londres —repitió el mozo imperterrito.

—Se detuvo en este mismo andén y yo me apeé, se lo aseguro.

Enfrentado a los hechos, el mozo cambió de táctica.

—No debió hacerlo —dijo con reprobación—. No para aquí.

—Pues lo hizo.

—Sería por la señal. Esperaría hasta que le dieran paso. No puede llamarse propiamente una «parada». No debería haberse apeado.

—Yo no distingo como usted esos matices tan finos —replicó Luke—. La cuestión es: ¿qué hago ahora?

El empleado, hombre de pensamiento pausado, repitió el reproche:

—No debió apearse.

—Bien, lo admito —dijo y, a continuación, recitó—: El mal está hecho, dejémonos de lamentaciones. Lo

que yo quiero saber es qué me aconseja que haga un hombre de experiencia en el servicio ferroviario.

—¿Me pregunta qué debe hacer?

—Eso mismo. Supongo que habrá algún tren que pare aquí, que pare de forma oficial, quiero decir.

—Déjeme pensar —contestó el mozo—. Lo mejor es que coja el de las 4.25.

—Si el de las 4.25 va a Londres —respondió Luke—, ese es mi tren.

Más tranquilo, empezó a pasear por el andén. En una pizarra leyó que se hallaba en Fenny Clayton, estación de enlace con Wychwood-under-Ashe. Al cabo de un rato, un tren de un solo vagón, arrastrado por una anticuada locomotora, entró en la estación para colocarse modestamente en uno de los andenes. Se apearon solo seis o siete personas que, tras cruzar un pequeño puente, pasaron al andén de Luke. El mozo taciturno resucitó de pronto y cargó una carretilla con cajas y cestos. Otro empleado se unió al primero y se oyó el tintineo de las lecheras. Fenny Clayton despertó de su letargo.

Por fin, dándose mucha importancia, llegó el tren de Londres. Los vagones de tercera estaban abarrotados. Solo había tres compartimentos de primera clase, y, en cada uno de ellos, viajaba uno o varios pasajeros. El primero, para fumadores, estaba ocupado por un caballero de aspecto marcial que fumaba un puro. Luke, que ya había tenido bastantes coroneles angloindios por un día, se dirigió al siguiente, cuyos ocupantes eran una joven elegante que parecía cansa-

da, posiblemente una institutriz, y un niño de unos tres años de aspecto movido. Pasó de largo sin perder ni un segundo. La puerta del compartimento contiguo estaba abierta y en su interior se hallaba un solo pasajero: una dama de cierta edad. Le recordó a una de sus parientes, tía Mildred, que, en una demostración de valentía, le había permitido quedarse con una culebra cuando tenía diez años. Tía Mildred había sido todo lo buena que puede ser una tía. Tras unos minutos de intensa actividad en los vagones destinados a la leche y las maletas, el tren se puso poco a poco en movimiento. Luke desdobló su periódico para volver a las noticias con la desgana de quien ya ha leído los diarios de la mañana.

No esperaba leer mucho rato. Puesto que era un hombre con varias tías, estaba casi seguro de que la agradable anciana que ocupaba su mismo compartimento no podría guardar silencio hasta Londres.

Estaba en lo cierto: una ventanilla que no cerraba bien, un paraguas caído, y la buena señora empezó a contarle las excelencias del tren.

—Solo tarda una hora y diez minutos. Es magnífico, ya lo creo. Mucho mejor que el de la mañana, que tarda una hora y cuarenta minutos.

Y prosiguió:

—Casi todo el mundo toma el de la mañana. Quiero decir que, si es el día de descuento, es una tontería tomar el tren de la tarde. Yo querría haber salido esta mañana, pero *Wonky Pooh* se había perdido (es mi gato persa, una preciosidad, solo que últimamente le dolía



una oreja), y claro, no me podía ir de casa hasta que lo encontrara.

—Por supuesto —murmuró Luke, que miró con afectación su periódico. Pero eso no le sirvió de nada, pues ella siguió con la charla.

—Así que le puse al mal tiempo buena cara y tomé el tren de la tarde, lo que en cierto modo es una ventaja porque no va tan lleno, aunque eso no importa cuando se viaja en primera. Desde luego, es algo que no me permito a menudo. Quiero decir que lo considero un despilfarro, con tantos impuestos, rentas míseras, el sueldo del servicio que cada vez es más alto y todas esas cosas. Pero la verdad es que estaba tan trastornada, porque voy a Londres para un asunto muy importante, ¿sabe?, y quería poder pensar con tranquilidad lo que voy a decir. —Luke reprimió una sonrisa—. Y cuando se coincide en el viaje con personas conocidas hay que mostrarse amable. Así que pensé que, por una vez, el gasto estaba más que justificado, aunque creo que hoy en día se derrocha y ya nadie piensa en el futuro. Como es natural —agregó con presteza, al fijarse en el rostro bronceado de Luke—, los soldados de permiso deben viajar en primera, sobre todo si son oficiales.

Luke sostuvo la inquisitiva mirada de aquel par de ojos brillantes y capituló. Daba lo mismo ahora que después.

—No soy militar —dijo.

—¡Oh, cuánto lo siento! No quise decir que... Solo pensé que... Como está tan bronceado... Quizá regresaba del Sudeste Asiático de permiso.

—Vuelvo a casa desde Oriente —dijo Luke—, pero no de permiso. —Para evitar más explicaciones, añadió con toda claridad—: Soy policía.

—¿Es policía? Eso es muy interesante. El hijo de una buena amiga mía acaba de ingresar en la policía de Palestina.

—Vengo de Mayang Straits —respondió Luke, que tomó otro atajo para abreviar la conversación.

—¡Qué interesante! Lo cierto es que es una coincidencia. Me refiero a que viaje en este tren. Porque el asunto que me lleva a la ciudad... Bueno, en realidad voy a Scotland Yard precisamente.

—¿De veras? —preguntó Luke.

Y pensó para sí: «¿Se le acabará pronto la cuerda o seguirá así hasta Londres?». Pero la verdad es que no le importaba. Había querido mucho a su tía Mildred, y recordaba la vez que le había dado cinco libras en el momento en que más falta le hacían. Además, las señoras mayores como esa y su tía Mildred tenían algo reconfortante y muy inglés. No había nadie como ellas en Mayang Straits. Son comparables con el pastel de pasas y especias del día de Navidad, el críquet y las chimeneas con troncos ardiendo. Son esas cosas las que se echan de menos cuando no se tienen y se está al otro lado del mundo, y de las que uno se harta cuando se disfrutan en exceso. Pero, como ya se ha dicho, Luke hacía solo tres o cuatro horas que había llegado a Inglaterra.

—Sí, tenía la intención de haber viajado esta mañana, pero luego, como le he comentado, me trastornó

tanto la desaparición de *Wonky Pooh*... ¿Cree usted que será demasiado tarde? Quiero decir si tienen un horario especial de oficina en Scotland Yard.

—No creo que cierren a las cuatro, ni nada parecido —respondió Luke.

—No, claro que no. ¿Cómo iban a hacerlo? Me refiero a que alguien podría necesitar informar sobre un crimen a cualquier hora, ¿no le parece?

—Exacto —contestó Luke.

Durante unos instantes, la anciana permaneció en silencio. Parecía angustiada.

—Soy de la opinión de que lo mejor es ir directamente a la fuente principal —dijo al fin—. John Reed es un hombre muy agradable, es el policía de Wychwood, muy atento y sociable. Pero, ¿sabe?, no creo que sea una persona capaz de resolver algo serio. Está acostumbrado a tratar con gente que ha bebido demasiado, o que conduce a más velocidad de la permitida, o que no registra a su perro, o incluso a investigar algún robo. Pero no creo..., estoy segura que pueda enfrentarse a un asesinato.

Luke arqueó las cejas.

—¿Asesinato?

La dama asintió con energía.

—Sí, veo que está sorprendido. Yo también lo estaba al principio. No podía creerlo. Pensé que eran imaginaciones mías.

—¿Y está segura de que no lo son?

—¡Oh, sí! —afirmó con la cabeza—. Podrían haberlo sido la primera vez, pero no la segunda ni la ter-

cera ni la cuarta. Tras varios asesinatos, una se convence.

—¿Quiere decir que ha habido varios? —preguntó Luke.

—Me temo que unos cuantos —respondió la dama sin que su voz se alterase y, acto seguido, prosiguió—: Por eso creo que lo mejor es ir a Scotland Yard directamente y contarle todo. ¿No cree usted que es lo mejor?

Luke la miró pensativo.

—Sí, creo que tiene razón.

Y se dijo: «Allí sabrán cómo tratarla. Lo más probable es que les lleguen más de media docena de señoras como esta por semana, con el cuento de los asesinatos cometidos en sus tranquilos pueblecitos. Deben de tener un departamento especial para estas viejecitas encantadoras».

Y se imaginó a un inspector jefe de actitud paternal o un apuesto y joven inspector murmurando con mucho tacto: «Muchas gracias, señora, se lo agradecemos mucho. Ahora regrese a casa, déjelo todo en nuestras manos y no vuelva a pensar más en este asunto».

Sonrió ante la escena y se dijo: «Me pregunto de dónde sacarán todas esas historias. Deben de estar aburridas como una ostra y sienten el deseo subconsciente de vivir un melodrama. He oído decir que algunas ancianas creen que todos quieren envenenarlas».

La suave voz de su interlocutora lo sacó de sus meditaciones.

—¿Sabe? Recuerdo que leí una vez, creo que era el caso Abercrombie, que el asesino había envenenado a

muchas personas sin que nadie sospechara... ¿Qué decía? Ah, sí. Alguien contó que miraba de un modo especial a su víctima y, poco después, esta empezaba a sentirse mal. La verdad es que entonces no lo creí, pero ¡es cierto!

—¿Qué es cierto?

—La mirada de ciertas personas.

Luke la observó. Temblaba ligeramente y sus mejillas habían perdido su tono rosado.

—La vi por primera vez cuando miró a Amy Gibbs... y ella murió. Luego fue Carter. Y Tommy Pierce. Pero ayer le tocó al doctor Humbleby, una persona tan agradable y tan buena. Carter bebía y Tommy Pierce era un chiquillo impertinente y entrometido que maltrataba a niños más pequeños que él. No me importaron gran cosa. Pero el doctor Humbleby es distinto. Hay que salvarlo. Y lo terrible es que, si fuera a verle y se lo contara, no querría creerme, se echaría a reír. Y John Reed tampoco. Pero en Scotland Yard será distinto porque, claro, allí están acostumbrados a los crímenes.

Miró por la ventanilla.

—Oh, querido, llegaremos enseguida. —Nerviosa, abrió y cerró su bolso, y cogió el paraguas—. Gracias, muchísimas gracias —dijo a Luke cuando este le recogió el paraguas, que se le había caído por segunda vez—. Ha sido un gran alivio hablar con usted. Ha sido muy amable, y celebro que crea que hago lo correcto.

—Estoy seguro de que en Scotland Yard la aconsejarán convenientemente —contestó Luke con gentileza.

—Le estoy muy agradecida. —Revolvió en su bol-

so—. Mi tarjeta. Oh, qué lástima, solo tengo una y debo guardarla para Scotland Yard.

—Claro, claro.

—Pero mi nombre es Pinkerton.

—Un nombre muy adecuado, señorita Pinkerton. El mío es Luke Fitzwilliam —respondió el joven con una sonrisa y, al ver que ella lo miraba ansiosa, se apresuró a decir, cuando el tren se detuvo en el andén—: ¿Quiere que le busque un taxi? ¿Tiene usted prisa?

—¡Oh, no, gracias! —La señorita Pinkerton pareció escandalizarse—. Tomaré el metro hasta Trafalgar Square y bajaré andando por Whitehall.

—Bien, buena suerte —le deseó Luke.

La señorita Pinkerton le dio un caluroso apretón de manos.

—Muy amable —murmuró de nuevo—. ¿Sabe? Al principio pensé que no me creería.

Luke tuvo la cortesía de sonrojarse.

—Bueno —le dijo—. ¡Tantas muertes! Parece bastante complicado que alguien cometa varios asesinatos, ¿verdad?

—No, no, muchacho. Se equivoca. Matar es fácil, mientras nadie sospeche de uno. Y, además, el culpable es la última persona de quien se sospecharía.

—Bueno, de todos modos, buena suerte.

La señorita Pinkerton desapareció entre la multitud y el joven fue en busca de su equipaje mientras pensaba: «¿Estará algo perturbada? No, no lo creo. Tendrá una imaginación desbordante, eso es todo. Espero que la traten bien. Es una anciana muy agradable».